

A los pies del palacio

A los pies del palacio

Carmen Romero Lorenzo

Primera edición, 2016

© Carmen Romero, 2016

© Triskel Ediciones, 2016

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-945341-3-3



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

Foto solapa: Tamara Muñiz

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*Para las primeras personas que leyeron esta historia:
Rocío, con su tenacidad correctora y sus ánimos.
Luis, mi hermano, que siempre transforma mis historias a su antojo.
Claudia, a quien no se le escapa un error de la trama.
Y mis padres, que llevan leyendo lo que escribo más que nadie.*

Guardar un secreto requiere una motivación más consistente que la mera fuerza de voluntad. Para algunos, es una promesa; para otros, un vicio. En mi caso, no yerro al afirmar que lo que me ha mantenido callada durante tantos años ha sido el miedo. Era consciente del destino que le aguardaba a las que son como yo: el ostracismo, tortura y muerte. Mientras mi rostro fue joven e inocente, no desperté sospecha alguna, pero ese estado de gracia estaba abocado a agotarse.

Ahora me faltan dedos en la mano para contar los rumores que me tachan de asesina, mentirosa y adúltera. Todos y cada uno de ellos contienen un pedazo de verdad, pero hay más de una manera de contar una historia. Hoy me propongo exorcizar mis secretos de una vez por todas con la esperanza de que cuando termine tan sólo la tinta ensuciará mis manos.

Cuando era niña, vivía en un caserón de dos plantas, de paredes pintadas de blanco, adornadas con cenefas en tonos pastel. Recuerdo que había una clara distinción entre las habitaciones en las que se me permitía jugar y las que no, solía pasar horas sentada a la puerta de estas estancias

prohibidas, con la esperanza de que el descuido de algún criado me permitiera atisbar lo que los adultos escondían.

Mientras mi madre estuvo enferma, fui una niña solitaria a la que apenas prestaban atención; lejos de aprovechar los parajes naturales que me había ofrecido la vida, yo prefería explorar la casa, arrancar trozos de cenefas de las paredes y vestirme con la ropa antigua de mis progenitores.

Mis primeros recuerdos pertenecen a la convalecencia de mi madre y tienen lugar en su alcoba. Ella permanecía sentada en la cama, apoyando la espalda en el cabezal, con el pelo recogido en un moño medio deshecho. Apenas hablaba, quizás supusiera un esfuerzo excesivo para ella, pero sonreía a menudo. Estoy segura de que mi madre, incluso en su penosa situación, hacía gala de todos los gestos de una gran dama. Nunca olía mal, puedo jurarlo.

Yo me sentaba al borde de su lecho y le contaba mis historias; ella no tenía nada mejor que hacer, así que escuchaba con atención; además, le gustaba pasar tiempo conmigo. Supongo que hasta morir se tiene sus ventajas.

—Querida madre, me gustaría contarte lo que he aprendido hoy en el pueblo. Resulta que he ido a por un vestido nuevo, puesto que se acerca mi cumpleaños y papá siempre me compra uno para la fiesta —decía yo con ese aire de dignidad que tan hilarante resulta en una niña pequeña.

Cuando procedí a explicar cómo había sido la compra de tal preciado bien, mi padre me interrumpió. Estaba ojeroso y sus manos temblaban; aunque en realidad nunca tenía buen aspecto. Con un gesto distraído, me indicó que abandonara la habitación.

—Pero yo estaba hablando con ella primero —protesté y busqué apoyo en mi madre mas no recibí más apoyo que su sempiterna tos.

Mi padre suspiró largamente y se toqueteó la calva. Me fui sin decir nada más, de repente ya no quería contar mi historia.

No creo haber sido consciente de que mi madre fuera a morir, yo daba por hecho que aquella debilidad era parte de ella, que igual que había personas altas, bajas, gordas y flacas, otras pasaban mucho tiempo en la cama y tosían todo el rato.

No mucho después del fallecimiento de mi sufrida progenitora, mi padre contrajo matrimonio con una chica de la ciudad. No podría describir a esa mujer, yo era aún muy pequeña; sin embargo, cuando veo un collar de perlas, labios pintados de rojo oscuro o vestidos de terciopelo, me sobreviene una angustia que asocio con aquella época.

La ausencia de su marido ponía de mal humor a esta madrastra mía; se tomaba muy en serio sus deberes en la vida y los impedimentos para convertirse en una esposa ideal no le hacían ninguna gracia. Además, supongo que con su estricta educación, mi ociosidad la ofendía especialmente. La buena señora no tuvo más de lo que ocuparse que en intentar convertirme en una mujer de provecho. Solía llamarme cada día a su alcoba para hablar conmigo de mis faltas. Era una de las habitaciones más estrechas de la casa, ni siquiera tenía estanterías. El tocador ocupaba la mayor

parte del espacio disponible, cada uno de sus cajones estaba cerrado con llave, para mi gran desilusión.

—Amaltea, tus modales son poco refinados. Estás siempre tan sucia, pareces una niña pobre.

—No es verdad. Las niñas pobres no son tan guapas como yo —intervine alarmada.

—A nadie le importa si las niñas pobres son guapas o no. ¿Qué has hecho hoy con tu tutor? —quiso saber. Ante esas palabras, comencé a retorcerme las manos. Tras una pausa mi madrastra volvió a alzar la voz—. ¿Crees que no sé ya lo que ha pasado? No te toques así, es muy vulgar. Mantente erguida y quieta, con las manos a los lados. —Se colocó bien las gafas antes de añadir—. ¿Por qué no me respondes, niña?

—Hoy no he estado muy atenta —admití.

—Te has quedado dormida en clase.

—Es que no he podido descansar bien.

—Eso es porque pierdes el tiempo con todos esos libros absurdos. Haré que te los retiren —sentenció. Sus labios rojos se me antojaron tan crueles como los de una reina de cuento.

—No puedes hacer eso, me los regaló mi padre.

—Y él me ha dejado a cargo de tu educación.

—Eres peor que una bruja —le espeté con vehemencia.

—Y tú una niña mala y desobediente como no hay otra igual. Además de ignorante, no hay en este reino ni en ningún otro nadie peor que una bruja.

En esta tesitura, adquirí la costumbre de escribir mis pensamientos y anhelos ocultos, después los arrojaba al

fuego; un pequeño hechizo de mi invención que no practico desde hace años y que, ahora, vuelvo a retomar con algo de torpeza. La memoria no es un receptáculo del todo fiable, no puedo hacer más por este relato que narrarlo tal y como yo lo viví.

Escribía sobre los más variados temas. Estaba decidida a crear una línea divisoria entre mi madrastra, nítida pulcritud, y yo. Armada con mi letra infantil, que cada vez se iba estilizando más, diseñé un manual de respuestas ante lo que consideraba un ataque contra mi personalidad. Si mis libros de cuentos eran sustituidos por manuales de conducta femenina, yo juraba que me proporcionaría mi propia diversión. Si mi cuerpo era objetivo de sus ataques: por mi pelo despeinado, mis uñas rotas y sucias o mi gordura, yo respondería comiendo a escondidas y burlando a la niñera para evitar el baño.

Así pasé mucho tiempo sola en mi cuarto, entre libros que no me interesaban e incapaz de conciliar el sueño; urdía venganzas imaginarias contra mi némesis, en las que la magia negra solía jugar algún papel. En mis historias, mi padre me pedía perdón de rodillas por haber realizado semejante desposorio y yo, en mi magnificencia, le perdonaba.

Si soy sincera, la escritura no era lo único en lo que ocupaba mis noches. Tenía una fantasía recurrente sobre una mujer hermosa y oscura, de largos cabellos ondulados y labios gruesos de color bermellón. Su objetivo era llevarme lejos de mi casa y de todos los que la habitaban. Me deseaba y yo la dejaba abducirme. Solía masturbarme mientras pensaba en

aquella imagen idealizada, que probablemente habría sacado de la ilustración de algún libro. Mis conocimientos anatómicos eran nulos, pero me gustaba experimentar.

Aquel placer tampoco conservó su inocencia por mucho tiempo, fui descubierta por mi inquisitiva madrastra, que había entrado en el cuarto para reñirme por haber sido maleducada con mi tutor. Su rostro se contrajo en una expresión de horror y soltó uno de sus escalofriantes gritos agudos. A continuación, me abofeteó tan fuerte que no pude más que llorar.

—¡Eso está muy mal, cochina! Ahora ve y lávate, pequeña perversa, después hablaré contigo.

A la hora habitual, me dirigí a su alcoba con una expresión de candidez supina. Mi primera madrastra me recibió con el rostro encendido y al principio ni me habló, se paseaba de un lado a otro de la habitación, sacando papeles de su escritorio sin ton ni son. Yo no podía apartar mis ojos de ella hasta que recordé que mirar a alguien fijamente es de mala educación. Me mantuve erguida y con las manos quietas y pegadas al cuerpo, con la vista puesta en el suelo.

—Amaltea —me dijo de pronto—. No mirar a tu interlocutor es una muestra de torpeza.

—Lo siento.

—Ojalá fuera lo peor que has hecho hoy.

—No sabía que eso estaba mal —respondí con sinceridad.

—El pudor me impide referirle este episodio a tu buen padre.

Me hizo gracia, incluso en esas circunstancias. Tal vez aquella mujer me considerara imbécil, pero para entonces ya

me había dado cuenta de que mi padre no se preocupaba mucho por mí.

—Escúchame bien, niña. No es del todo culpa tuya, puesto que tu madre, pobre infeliz, no estuvo en condiciones de educarte como es apropiado. A partir de ahora yo doblegaré esa malvada alma tuya. ¿Sabes lo que es la virtud de una mujer, Amaltea?

Empezaba a sospechar que tenía algo que ver con no tocarse determinadas partes del cuerpo, pero negué con la cabeza, obediente y contrita.

—La virtud es tu mayor tesoro, nadie te respetará si la pierdes. Es ser modesta, casta y sencilla. Si no sigues estas reglas podrían considerarte una bruja. ¡Todo el mundo sabe que son unas lujuriosas! No querrás que te sometan a las pruebas de virtud.

—¿Y en qué consisten esas pruebas? —quise saber.

—Pues primero está el juicio del fuego, la acusada tiene que andar sobre el hierro candente; después el del agua, que consiste en introducir a la desdichada en un pozo, dado que las brujas no se hunden; el recuento de los lunares, cualquier mujer con más de cien lunares es sospechosa de ser una hechicera y por último, si todo lo demás falla, se recurre a la prueba de las lágrimas. El corazón de las hechiceras es tan impuro que es bien sabido que no pueden llorar. —Recitaba todo aquello como una lección aprendida de memoria—. Es el castigo que les llega a las que fueron desobedientes de niñas.

No respondí, sino que volví a mi cuarto, dolida por la humillación. No quería ser modesta, ni casta ni sencilla, lo único que deseaba era hacerle daño a esa mujer, si hubiera

podido la habría hecho pasar por sus horribles pruebas de virtud. Cogí dos muñecas de trapo de la estantería, ambas me las había hecho la antigua criada. A diferencia de las delicadas muñecas de porcelana y cristal que traía mi padre de sus viajes, estas estaban hechas para que jugara a gusto con ellas sin que se rompieran: tenían dos botones por ojos, una sonrisa de hilo y pelo de lana. La más grande de las dos tenía labios de color rojo oscuro y el pelo negro, olvidé el cariño que sentía hacia el juguete y me dediqué a tirarlo una y otra vez contra la pared, mientras fantaseaba con una cruenta muerte para la nueva esposa de mi padre. Un golpe y la quemaban viva, otro y la lapidaban, uno más y moría despeñada. Cuando me harté, le arranqué los ojos a la muñeca con una sádica parsimonia. A continuación, escribí mis malas acciones del día y las arrojé a la chimenea. Me había aficionado al olor del papel quemado.

Dormí abrazada a mi muñeca predilecta; al despertar me enteré de que mi madrastra estaba convaleciente a causa de la picadura de varias avispas durante su paseo matutino. Mi padre no estaba en casa; para cuando uno de los criados volvió con un médico, el veneno de estos insectos ya había actuado y mi madrastra había muerto. Desde entonces, les he tenido mucho cariño a las avispas.

Si estuviera escribiendo mis memorias con la esperanza de redimirme, diría que aquel suceso me planteó algún tipo de dilema moral, pero a estas páginas no les aguardan más lectores que las llamas, así que puedo permitirme confesar mi absoluta fascinación con lo ocurrido. A los críos les

encanta fantasear con la idea de poseer habilidades mágicas y, en mi caso, al fin tenía una prueba de que era cierto. Mientras mi hogar volvía a teñirse de luto, yo me paseaba ufana, como si les estuviera perdonando la vida a todos al cuidarme de dar rienda suelta a mi poder asesino.

Mi padre tampoco se mostraba muy apenado, parecía que había perdido a una administradora eficaz y no a una esposa. Yo contaba con que una vez terminada la parafernalia del funeral podría recuperar mi existencia desordenada, pero mi padre se negó a despedir al tutor y a la niñera. Al menos recuperé mis libros perdidos e incluso me compraron algunos nuevos.

De hecho, mi padre comenzó a satisfacer todos mis caprichos sin apenas protestar. Un año después del incidente ya no era tan reacia a comportarme como una señorita y como recompensa tuve un poni nuevo y un teatro de marionetas para mí sola.

Recuerdo una ocasión en la que intenté montar una obra para mi padre quien llevaba una larga temporada en casa. Con la ayuda de mi niñera fabriqué yo misma unos títeres de trapo y me inventé una historia sobre una hija que salvaba a su padre de un terrible dragón. Cuando lo tuve todo listo, monté el teatro en la salita de descanso y esperé el regreso de mi progenitor. Recitaba el diálogo de manera obsesiva mientras la niñera tejía sentada en uno de los sofás.

—¿Qué haces aquí, Amaltea? —inquirió mi padre, que entró acompañado por uno de sus amigos. Era un hombre alto y grueso de avanzada edad. Ya lo había visto otras veces,

pues siempre insistía en hablar conmigo cuando visitaba la casa.

—Nada, sólo jugaba, pero ya me voy —murmuré. Retrocedí justo a tiempo para evitar que el acompañante me acariciara la cabeza.

—La niña ha preparado una representación especial —informó la traidora de mi niñera.

—No está lista del todo.

—Yo quiero verla —pidió el amigo.

—No quisiera que perdieras tu tiempo así —repuso mi padre con actitud servil.

—Al contrario, me parece que tu hija es una dama de mucho talento.

Sin más dilación, me hicieron representar la obra. No fue la mitad de emocionante de lo que me esperaba. Me temblaba la voz y me equivoqué con el diálogo. Mi rugido de dragón se pareció más al de un gato. Por sí fuera poco, la conversación de los dos hombres no era precisamente un susurro.

—Mira, ese eres tú —dijo el amigo señalando la marioneta del padre.

—Yo no estoy tan calvo —se defendió mi progenitor.

—He cambiado de idea. Menos mal que tu hija no tiene que ganarse la vida con esto. Por cierto, ¿no has pensado en quedarte aquí una temporada?

—Tengo demasiado entre manos.

—Ya estás mayor para dar tantos trotes.

—Es lo que he hecho siempre.

—Aún puedes casarte otra vez. Darle una madre a esta lagartija inquieta.

No fui capaz de terminar la obra. Bajé el telón cuando el dragón secuestró al padre y aun así el final fue recibido con unos aplausos entusiastas por parte de ambos hombres. Ni siquiera me dijeron nada cuando salí de la habitación sin recoger las marionetas. A los pocos días mi padre recuperó su ritmo de viajes continuos.

Antes he mencionado que el caserón era un lugar estupendo para investigar; las pertenencias de al menos tres generaciones de mi familia se amontonaban de cualquier manera por las habitaciones que ya no se usaban y siempre descubría alguna baratija nueva. Los muebles eran tan viejos que se escuchaban los secos crujidos de la madera, a más de uno le habría hecho falta una capa barniz y, por si fuera poco, estaban colocados sin gusto ninguno, parecía que alguien los hubiera abandonado allí en medio. Mi padre no era el viudo más rico de la zona ni de lejos; aunque no teníamos problemas financieros, no era esta la estampa que buscan las cazafortunas típicas. Mi padre no podía proporcionar acceso a la nobleza, ni a bailes, ni a joyas deslumbrantes; tampoco era atractivo ni encantador, sino más bien reservado y olvidadizo. La tercera mujer a la que desposó no estaba con él por amor ni era una ingenua que pretendiera medrar en sociedad.

La primera vez que vi a Dolores fue en el umbral de casa, permanecía inmóvil como si dudase de que yo fuera a dejarla entrar, pero no fue el caso. Creo recordar que tenía trece años, por lo que ya había sido instruida en el arte de recibir invitados. Conduje a la extraña al salón donde le ofrecí un té,

pasteles y mi torpe conversación. Su aspecto no era en absoluto peculiar, una señora cercana a la cuarentena de orejas afiladas y rostro zorruno con las arrugas de la frente muy marcadas. Sus ojos de color marrón verdoso estaban hundidos y ofrecían al mundo una mirada de lo más escéptica. Vestía de negro y su cabello, recogido en un moño, era de ese mismo color. Me dijo que era una amiga de mi padre y aquello despertó mi interés. Había supuesto que era la mujer de alguno de los criados.

—No creo que mi padre tarde mucho más en volver —le dije.

—Le esperaré entonces aquí, si no te importa —me respondió con voz grave.

—En absoluto —contesté, a esas alturas estaba más interesada en la merienda que en ella.

—Eres toda una señorita, ojalá mis hijas se parecieran más a ti. Son un auténtico desastre.

No recuerdo qué respondí, pero seguro que fue algo inapropiado. No hay una respuesta buena para esa clase de comentarios. Poco después llegó mi padre de su paseo, no le dio tiempo de escabullirse a su despacho antes de que Dolores se levantara para recibirlo. Él no pareció sorprendido de verla, tras saludarla le pidió que lo acompañara al piso de arriba, donde estarían a salvo de mis indiscretos oídos, en una de esas habitaciones que me estaban vedadas.

Lo último que habría imaginado es que esa visita acabaría conduciendo a mi padre de nuevo al altar. Esta vez de una forma más discreta y casi sin invitados, Dolores no disfrutaba ese tipo de atención. Era una mujer severa y,

aunque a primera vista no pareciera contar con la crueldad de su predecesora, no me fiaba de ella, por lo que procuraba evitarla en la medida de lo posible.

De quien no pude huir fue de las dos hijas de Dolores, mis queridas hermanas Anabel y Priscila. La primera vez que las vi fue el día previo a la boda, se movían por la casa con un entusiasmo que me resultó bochornoso. Corrían sin ningún pudor escaleras arriba y abajo para horror de los criados, que se apartaban a su paso esgrimiendo una visible confusión ante la posición de aquellas señoritas medio salvajes.

Al principio no me prestaron atención, mi desdén hacia ellas era evidente. Procuraba no abrir la boca en su presencia y no las invité a entrar en mi cuarto. No es que eso fuera un impedimento para ellas. Una vez leía en mi cama cuando, de repente, comencé a sentir golpes en el colchón; emití un grito de sorpresa, al que siguieron unas risas estridentes.

—¡Salid de ahí! —grité al borde de las lágrimas por la humillación.

—¡Salid de ahí! —repitió Priscila. Su blanca y redonda cara de muñeca resplandecía a causa de la risa. No era adusta como su madre, sólo conservaba de ella el pelo negro.

—Ven tú aquí abajo —me retó Anabel, a la vez que se sacudía su anaranjada melena. Ella sí que guardaba una semejanza extraordinaria con su madre, no sólo era igual de alta y esbelta, sino que compartían la nariz torcida, el rostro enjuto y los labios finos.

—Estropearía mi vestido, ya no hago esas niñerías —respondí muy digna.

—Tú te lo pierdes —dijo Anabel, incorporándose con la ayuda de su hermana.

—¿Qué lees? —inquirió la pequeña, que se hizo un hueco en mi cama.

—Es la historia de uno que va a la selva para...

—Me apuesto que tiene algo que ver con una dama en apuros —intervino Anabel tras dejarse caer sobre mi lecho.

—Es mucho más complicado que eso —mentí.

—Léenos un poco —pidió Priscila. Yo accedí, presa de mi vanidad.

Nos repartimos los personajes y empezamos a inventarnos los diálogos, pronto se convirtió en una especie de obra de teatro bajo las sábanas. Priscila era la joven nativa que guiaba al enamorado, interpretado por una servidora, a través de la tenebrosa selva, mientras que Anabel adoptó el papel de la hechicera sin rostro que les iba poniendo trabas en el camino.

—¡No escaparéis jamás! —gritaba Anabel, mientras me hacía cosquillas y Priscila la golpeaba con la almohada.

—No te saldrás con la tuya, hechicera. Pues mi amor es puro y mi propósito firme.

—¿Qué sabrás tú del amor? La chica a la que amas se disolverá entre las sombras. —En esta ocasión Anabel acompañó su diálogo con una estruendosa risa malvada que interrumpió cuando su madre abrió la puerta.

—¿No os da vergüenza hacer tanto ruido? ¡Se os escucha incluso desde la planta baja! —nos espetó sin entrar en la habitación.

Nunca había visto a mi madrastra en camisón, ni tampoco me había reñido. Incluso envuelta en telas rosas de gusto

muy dudoso, la solemnidad de Dolores permanecía inalterable. Las hermanas abandonaron mi cama sin protestar. Antes de irse, Priscila me dio un beso en la mejilla y susurró a mi oído:

—Mañana continuamos la historia.

Contemplé la regordeta figura de la más pequeña de las tres desaparecer tras la puerta y, por primera vez, me pesó la soledad de mi habitación.

Desde aquel día busqué la compañía de mis hermanastras; siempre se estaban riendo y yo estaba harta de ser tan seria. Así pude descubrir más sobre ellas: ninguna de las dos recordaba a su padre ni la casa donde nacieron; Dolores las había dejado al cuidado de una de sus hermanas, la tía Genoveva, que vivía en un pueblo junto al mar. Cuando esta murió, Dolores recogió a sus hijas del orfanato al que habían ido a parar y las llevó con ella de reino en reino.

—Mamá no le cae bien a la gente —me explicó un día Priscila mientras fabricábamos coronas de flores en el jardín—. Cree que somos estúpidas y no nos damos cuenta, pero siempre teníamos que marcharnos por los vecinos. A veces se ponían muy violentos.

—Yo llegué a pensar que era una prostituta —dijo Anabel, quien, en vez de recoger flores, se dedicaba a arrancar la hierba.

—Vuestra madre es demasiado seria y vieja para ser prostituta —reliqué entre risas—. Si fuese verdad a mi padre le daría un soponcio.

—Debajo de sus faldones de monja tiene habilidades ocultas, ¿o por qué crees que tu padre se casó con ella? —bromeó Anabel y dejó caer sobre mi cabeza un buen puñado de briznas de hierba.

Como respuesta, la empujé y rodamos juntas, mientras Priscila se levantaba para ponerse a salvo. A pesar de que yo era más grande que ella, mi Anabel tenía más experiencia en peleas y me derrotó con facilidad.

—Vamos, llegaremos tarde a clase —intervino Priscila, quien fue la única en terminar su corona y la lucía triunfante.

—Y ese vejestorio bien podría palmarla esperándonos.

La manera de expresarse de mis nuevas hermanas siempre lograba sorprenderme, a pesar de su comportamiento infantil, al lado de ellas solía sentirme como una niña mimada, inexperta en los entresijos del vasto mundo.

El tutor nos esperaba sentado en la salita. Hojeaba un libro con desgana, me dio la impresión de que incluso intentaba mantener una distancia prudente con su lectura. Quizás creyera que una jauría de nuevas y peligrosas ideas se disponía a atacarle.

—Buenos días, niñas —saludó el hombre clavando su mirada en los ojitos de color miel de Priscila, que fue quien lo saludó con mayor entusiasmo—. Vuestro padre me ha proporcionado un libro de texto nuevo. He pensado que quizás sería bueno echarle un vistazo. Si quieres empezar leyendo tú, Anabel.

—No tengo ganas —le espetó ella.

El tutor carraspeó y puso el libro delante de la díscola chica, quien lo abrió por una página al azar. Priscila daba sonoras pataditas en el suelo hasta que paralicé su pie con el

mío. Como respuesta, me dirigió una mirada desdeñosa y se arregló la corona de flores.

—En voz alta, Anabel —dijo el profesor.

La pelirroja se apartó un mechón de la cara y comenzó a leer de forma tan irregular y pausada que tuve que reírme, lo que me valió un doloroso pellizco en la cadera.

—Qué bruta eres —me quejé en voz baja.

—Es para que se te quiten las ganas de ser tan imbécil.